



BYUNG-CHUL HAN, *Loa a la tierra. Un viaje al jardín*, editorial Herder, 2019. (Traducció: Alberto Ciria)

EL TIEMPO DE LO DISTINTO

En el jardín vivo mucho más intensamente las estaciones. Así de grande es también el sufrimiento en vista del invierno que se avecina. La luz se debilita, se vuelve más tenue y macilenta. Jamás había prestado tanta atención a la luz. La luz mortecina me causa dolor. En el jardín las estaciones se perciben sobre todo corporalmente. La gélida frialdad del agua que sale del bidón que recoge el agua de lluvia penetra profundamente en el cuerpo. Sin embargo, el dolor que siento a causa de ello es benéfico, incluso reanimador. Me devuelve la realidad, incluso la corporalidad, que hoy cada vez se pierde más en el mundo *digital bien temperado*. Este mundo digital no conoce temperatura, dolor ni cuerpo. Pero el jardín es rico en sensibilidad y materialidad. *Contiene mucho más mundo* que la pantalla del ordenador.

Desde que trabajo en el jardín percibo el tiempo de manera distinta. Transcurre mucho más lentamente. Se dilata. Me parece que falta casi una eternidad hasta que llegue la



próxima primavera. La próxima hojarasca otoñal se distancia hasta una lejanía inconcebible. Incluso el verano me parece infinitamente lejano. El invierno se me hace ya eterno. El trabajo en el jardín invernal lo prolonga. Jamás me resultó tan largo el invierno como en mi primer año de jardinero. Sufrí mucho a causa del frío y la helada persistente, pero no por mí, sino sobre todo por las flores de invierno, que mantenían su floración incluso con la nieve y en plena helada persistente. Mi mayor preocupación eran las flores, y por eso les brindaba mi asistencia. El jardín me aleja un paso más de mi ego. No tengo hijos, pero con el jardín voy aprendiendo lentamente qué significa brindar asistencia, preocuparse por otros. El jardín se ha convertido en un lugar del amor.

El tiempo del jardín es un *tiempo de lo distinto*. El jardín tiene su propio tiempo, sobre el que yo no puedo disponer. Cada planta tiene su propio tiempo específico. En el jardín se entrecruzan muchos tiempos específicos. Los azafranes de otoño y los azafranes de primavera parecen similares, pero tienen un *sentido del tiempo* totalmente distinto. Es asombroso cómo cada planta tiene una *conciencia del tiempo* muy marcada, quizá incluso más que el hombre,



que hoy de alguna manera se ha vuelto *atemporal*, *pobre de tiempo*. El jardín posibilita una intensa experiencia temporal. Durante mi trabajo en el jardín me he *enriquecido de tiempo*. El jardín para el que se trabaja devuelve mucho. Me da *ser y tiempo*. La espera incierta, la paciencia necesaria, el lento crecimiento, engendran un sentido especial del tiempo. En la *Crítica de la razón pura*, Kant describe el conocimiento como una actividad remunerada. Según Kant, el conocimiento trabaja por una «ganancia realmente nueva». En la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, Kant habla de «cultivo» en lugar de «ganancia». ¿Qué motivo pudo haber tenido Kant para reemplazar «cultivo» por «ganancia» en la segunda edición?

Acaso «cultivo» le recordara demasiado a Kant la amenazadora fuerza del elemento, la *tierra*, la incertidumbre y la imprevisibilidad inmanentes a ella, la resistencia, el poder de la naturaleza, que habrían incomodado sensiblemente el sentimiento de autonomía y libertad del sujeto kantiano. El asalariado urbanita podrá desempeñar su trabajo independientemente del cambio de las estaciones, pero eso le resulta imposible al campesino,

que está sujeto a su ritmo. Posiblemente el sujeto kantiano no conozca la espera ni la paciencia, que Kant rebaja a «virtudes femeninas», pero que son necesarias en vista del lento crecimiento de aquello que fue encomendado a la tierra. Quizá a Kant le resultara insoportable la incertidumbre a la que queda expuesto el campesino.

En su obra *Amor y conocimiento*, Max Scheler señala que, «de una forma extraña y misteriosa», san Agustín atribuye a las plantas la necesidad «de que los hombres las contemplen, como si gracias a un conocimiento de su ser al que el amor guía ellas experimentarían algo análogo a la redención». El conocimiento no es una ganancia, o al menos no es *mi* ganancia, ni es *mi* redención, sino la redención de lo *distinto*. El conocimiento es amor. La mirada amorosa, el conocimiento al que el amor guía redime a la flor de su carencia ontológica. El jardín es, por tanto, un *lugar de redención*.

DE VUELTA A LA TIERRA

*Llamábamos a la tierra una de las flores
del cielo, y llamábamos al cielo el infinito
jardín de la vida.*

FRIEDRICH HÖLDERLIN, *Hiperión*

Adorno aporta una explicación filosófica de la pasión que yo siento por Schubert. «Con la música de Schubert —dice Adorno— brota la lágrima del ojo sin preguntar antes al alma». Es decir, lloramos sin saber *por qué*. La música de Schubert desarma el yo como «sujeto de acción». Conmueve hondamente al yo y desencadena un llanto prácticamente prerreflexivo y reflejo.

Disuelto en lágrimas, el yo renuncia a su superioridad y toma conciencia de su propio arraigo en la naturaleza. Regresa llorando a la tierra. Para Adorno, la tierra representa el polo opuesto del sujeto que se opone absolutamente a sí mismo. Lo libera de su encarcelamiento en sí mismo.

*La evocación de la naturaleza deshace la tenaz
autoafirmación del sujeto: «Brot la lágrima, ¡la tierra me*

ha recuperado!». En ese momento, el yo se sale espiritual-mente de su encarcelamiento en sí mismo.

La digitalización del mundo, que equivale a una humanización y una subjetivación totales, hace que la tierra desaparezca por completo. Recubrimos la tierra con nuestra propia retina, y al hacer eso nos volvemos ciegos para lo *distinto*.

Cuanto más densamente hayan recubierto los hombres con la red categorial lo distinto del espíritu subjetivo, tanto más a fondo se habrán desacostumbrado del asombro por aquello distinto, y tanto más confiadamente habrán caído en el autoengaño que les hace perder lo ajeno.

En castellano, «digital» significa *numérico*. Lo numérico desmitifica el mundo y lo priva de poesía y de romanticismo. Le arrebatata todo misterio, toda extrañeza, y transforma todo en lo conocido, lo banal, lo familiar, el «me gusta» y lo igual. Todo se vuelve *comparable*, y, por tanto, *igualable*: En vista de la digitalización del mundo sería necesario *devolver al mundo su romanticismo*,

redescubrir la tierra y su *poética*, devolverle la dignidad de lo misterioso, de lo bello, de lo sublime.

Por primera vez en mi vida he cavado en el suelo. Cavé hondo con la pala en la tierra. La tierra gris y arenosa que entonces salía me resultaba extraña, incluso casi siniestra. Su misteriosa gravedad me causaba asombro. Al cavar topaba con muchas raíces que, sin embargo, yo no podía asignar a ninguna planta ni a ningún árbol en la cercanía. Así pues, ahí abajo había una VIDA misteriosa que hasta entonces yo desconocía.

El suelo berlinés es muy especial. Se formó por sedimentaciones de arena durante el periodo glacial. Este suelo se llama también *Geestrücken*, «banco arenoso». El término viene del bajo alemán *gest*, que significa «árido» o «estéril».

Berlín está situado en un valle glaciar que surgió hace aproximadamente dieciocho mil años, al final del último periodo glacial, también llamado «Vístula». El valle actuaba como canal de drenaje por el que fluían las aguas procedentes del deshielo interior en la época del frente glaciar de Frankfurt. Se formó junto con el valle

glaciar de Baruth, situado más al sur, en la fase brandemburguesa del periodo glacial Vístula, y servía como cauce de drenaje en dirección a la cuenca del mar del Norte.

Cuando se estudia más detenidamente su historia, se siente una profunda veneración por la tierra, que hoy lamentablemente está expuesta a una explotación total. Está siendo deteriorada a fondo. Deberíamos volver a aprender a asombrarnos de la tierra, de su belleza y su extrañeza, de su singularidad. En el jardín experimento que la tierra es magia, enigma y misterio. Cuando se la trata como una fuente de recursos que hay que explotar, ya se la ha destruido.

El cementerio de san Mateo en Schöneberg se encuentra sobre una loma. Ahí se eleva ligeramente la calle Großgörschen, que conduce al cementerio. Ese es el lugar donde el agua procedente del deshielo formó una pendiente. El cementerio está situado en esta ladera. En él yacen enterrados los hermanos Grimm e Immanuel Hegel, hijo de Hegel. En la cumbre de esta ladera alcanza Schöneberg su máxima altura sobre el nivel del mar. En la prehistoria fluía el agua del deshielo por lo que



hoy es la vecina calle Langenscheidt, que tiene una ligera pendiente.

A menudo toco con asombro la tierra y la acaricio. Cada brote que surge de ella es para mí un verdadero milagro. Es increíble que en pleno universo frío y oscuro haya un lugar con vida como la tierra. Deberíamos ser siempre conscientes de que existimos en un planeta pequeño pero floreciente en medio de un universo por lo demás sin vida, y de que somos un ser planetario. Es necesaria una *conciencia planetaria*. Es lamentable que hoy se explote la tierra tan brutalmente. Casi se está desangrando. Por ejemplo, hoy se libran combates sangrientos con niños soldado drogados para conseguir los metales que en química se llaman «tierras raras». Hoy hemos perdido toda sensibilidad para la tierra. Ya no sabemos qué es. Solo la concebimos como una fuente de recursos que, en el mejor de los casos, hay que tratar sosteniblemente. *Tratarla con cuidado* significa devolverle su esencia. Así escribe Heidegger sobre la salvación de la tierra:

Los mortales habitan en la medida en que salvan la tierra, tomando la palabra según su antigua acepción,

que Lessing todavía conocía. La salvación no solo saca de un peligro, sino que significa en realidad que algo sea libre para su esencia específica. Salvar la tierra es más que aprovecharla o incluso agotarla. La salvación de la tierra no domina la tierra ni la convierte en súbdita de sí: de ahí solo hay un paso hasta la explotación irrestricta. Los mortales habitan en la medida en que reciben el cielo como cielo. Les dejan al sol y a la luna sus trayectorias, a los astros sus órbitas, a las estaciones del año su bendición y su iniquidad, no convierten la noche en día ni el día en un ajetreado desasosiego.

Desde que trabajo en el jardín me acompaña una extraña sensación, una sensación que antes no conocía y que también siento corporalmente con mucha fuerza. Es una *sensación de la tierra*, que me hace dichoso. Quizá la tierra sea un sinónimo de la dicha que hoy se aleja cada vez más de nosotros. *Regresar a la tierra significa*, por tanto, *regresar a la dicha*. La tierra es fuente de dicha. Hoy la abandonamos, sobre todo como consecuencia de la digitalización del mundo. Ya no recibimos esa fuerza vivificante de la tierra que nos hace dichosos. La tierra es reducida al tamaño de una pantalla de ordenador.



Para Novalis, la tierra es un lugar de redención y de bienaventuranza. En su novela *Enrique de Offerdingen*, un viejo minero canta una hermosa *Canción de la tierra*:

*El señor de la tierra es aquel
que mide sus honduras
y olvida en su seno
todo dolor.*

*Con ella está aliado
y tiene íntima confianza.
Y ella lo enardece de pasión
como si fuera su prometida.*